

FUTURO INMEDIATO

TRANSFORMAR EL ESPACIO
PÚBLICO METROPOLITANO

Port Vell, antiga terminal de Drassanes
EXPOSICIÓ 11.06 — 25.10

Más
allá
de los
retos



Albert Gassull

La exposición se organiza a partir de retos concretos porque era necesario construir un relato y porque hacer visibles, por separado, cuestiones que hoy son centrales en el espacio público nos ayuda a explicar su transformación. Los retos que planteamos se relacionan entre sí, y tanto el territorio como los proyectos funcionan por superposición e interdependencia. Adaptarnos también es cuidar, recuperar o movernos mejor. Reconectar también es hacer más habitable, accesible y justa la ciudad. Equipar es pensar en el uso, en la energía, en la flexibilidad y en la vida cotidiana. Y habitar, al fin y al cabo, atraviesa todos los demás, porque es en la manera en que vivimos los espacios donde todo acaba cobrando sentido. Los retos son, pues, una manera de entrar en una realidad compartida, compleja y necesariamente interdependiente.

Esta mirada también se inscribe en una trayectoria. Los proyectos que hoy mostramos no aparecen desligados de lo que se ha hecho antes, sino que se formulan a partir de una experiencia acumulada, de unos aprendizajes y de unas transformaciones que ya han ido construyendo una manera propia de proyectar el espacio público. El futuro inmediato no se opone al pasado reciente; dialoga con él, lo revisa y lo reformula.

Por todo ello, *proyectar* significa trabajar con relaciones, con procesos, con distintas escalas y con efectos simultáneos. Significa trabajar, desde el inicio, con el agua, el suelo, el verde, la movilidad, la energía, los usos, el tiempo, el mantenimiento, la accesibilidad, la salud o la vida cotidiana. Estas son hoy condiciones de partida, y son también las que

orientan las decisiones materiales, formales, espaciales y técnicas que acaban definiendo el proyecto.

Esta manera de mirar también desplaza la propia naturaleza del proyecto. El proyecto debe entenderse como una forma de intervenir sobre realidades abiertas, atravesadas por el tiempo, los usos, lo que ya existe y la incertidumbre. *Proyectar* significa trabajar con lo que ya está, con lo que se transforma, con lo que se adapta y con lo que se puede volver a pensar. Significa actuar sobre el espacio público, pero también sobre las relaciones, las condiciones ambientales, las formas de movilidad, las instituciones, los hábitos y las expectativas que lo acompañan. Esto requiere otra manera de trabajar, en la que la concurrencia de miradas, conocimientos y disciplinas ya no es una opción accesorio, sino una necesidad, y en la que conocimientos, disciplinas y responsabilidades diversas intervienen cada vez más sobre un mismo campo de decisiones. También cambia, por tanto, el lugar desde el que valoramos el proyecto. Esto implica, a menudo, asumir riesgos e incorporar, en la propia idea de calidad, decisiones que antes no se incluían. La calidad del proyecto, por tanto, ya no puede medirse solo por su forma acabada, sino por su capacidad de integrar variables diversas, de reutilizar, de adaptarse, de medir mejor sus efectos y de sostenerse en el tiempo.

Los proyectos de la exposición lo hacen visible. Un mismo proyecto puede aumentar la superficie verde, infiltrar el agua de lluvia, reducir el calor, ahorrar agua potable, incorporar sombra, favorecer la biodiversidad, facilitar nuevos



desplazamientos a pie o en bicicleta, reutilizar estructuras existentes o reducir el consumo energético. Esta acumulación de efectos es, probablemente, una de las cuestiones más importantes que hoy tenemos sobre la mesa. Los datos nos ayudan a hacer legible lo que antes a menudo quedaba diluido y a explicar los beneficios ambientales y sociales que puede generar una transformación bien pensada del espacio público, los equipamientos y la vida cotidiana. Pero los datos, por sí solos, no proyectan. El proyecto sigue dependiendo del criterio, del oficio y de la capacidad de integrar todo ello en una propuesta coherente.

También por eso muchos de los proyectos que presentamos se muestran en proceso. No aparecen como piezas cerradas ni como resultados autosuficientes, sino como trabajo vivo, aún abierto, aún discutible, aún sujeto a ajustes, contrastes y decisiones. Esta condición es importante, porque hace visible que proyectar no es solo llegar a una solución, sino sostener un proceso de formulación y de verificación constante.

Pero esta publicación puede hacer otra cosa. La exposición muestra proyectos, datos, visiones territoriales y formas de trabajo, y la publicación puede ampliar el foco y dar espacio a aquello que el dispositivo expositivo solo puede apuntar, como la dimensión ecológica de la transformación urbana, la relación entre ciudad y metabolismo, la persistencia de las fracturas y desigualdades, el valor de lo que ya existe, la necesidad de repensar los equipamientos, la condición cotidiana del hecho de habitar o el cuidado como práctica sostenida en el tiempo. Puede desplegar, en

definitiva, las preguntas que la exposición formula y darles una densidad que el recorrido expositivo, por claridad y síntesis, no puede asumir por completo.

En este sentido, la exposición no puede contenerlo todo, y quizá está bien que así sea. Quedan fuera, o solo aparecen de manera lateral, muchas de las cosas que también forman parte de este trabajo: la negociación política y administrativa, los conflictos entre usos, las desigualdades que atraviesa el territorio, los límites económicos y materiales, la tensión entre un presente cambiante e inestable, que reclama capacidad de adaptación, rapidez y flexibilidad, y una administración pública que trabaja con tiempos largos, procedimientos garantistas y marcos fuertemente reglados, la gestión cotidiana, el mantenimiento, el tiempo largo del cuidado, los aprendizajes acumulados e incluso los errores. También queda fuera una parte importante de lo que sucede antes de que el proyecto tome forma y después de que la obra se termine. Pero todo ello está ahí, aunque no ocupe el centro de la imagen. Por eso esta publicación puede servir para ampliar un poco el foco y recordar que transformar el espacio público no es solo construir, ni solo resolver, ni solo responder. Es también observar, relacionar, anticipar, ajustar y volver a pensar. Quizá esto es, en el fondo, lo que esta exposición quiere poner sobre la mesa: no solo qué proyectos hacemos, sino desde qué mirada los hacemos; no solo qué respuestas damos, sino cómo aprendemos a formular mejor las preguntas. Porque el futuro inmediato no es una imagen de lo que vendrá, sino el lugar concreto en el que ya estamos aprendiendo a proyectar de otra manera.

Adaptarnos



Albert Cuchí

La gran ciudad moderna, al crecer, arrolla y destruye el paisaje. Las fuerzas formidables que impulsan el progreso urbano —la industria, la sobrepoblación, el tráfico— exigen para ellas todo el espacio disponible. La tierra con árboles desaparece, y en su lugar queda el solar edificable, el terreno vial y las áreas industriales.

El habitante de la ciudad se ve, así, alejado de la Naturaleza.

Nicolau Maria Rubió i Tudurí
'El problema de los espacios libres'
Barcelona, 1926

Si hay algún lugar donde la disputa entre sociedad industrial y naturaleza resulta más evidente, es la ciudad. Como nos decía Rubió i Tudurí hace cien años, la ciudad industrial arrasa el paisaje preexistente y desarticula el sistema naturaleza-sociedad propio de las sociedades tradicionales. Sin embargo, este impulso no se limita a la ciudad, que no es más que su epítome.

Hoy nuestra sociedad industrial ya ha intervenido el paisaje a escala global, alterando los ciclos geobiogeoquímicos que gobiernan los paisajes y afectando a la estabilidad de muchos sistemas naturales, entre ellos el clima y los ecosistemas. Una alteración que nos conduce a una crisis ecológica global que compromete la supervivencia de nuestra sociedad.

Necesitamos transformar nuestro sistema productivo industrial para acoplarlo a una dinámica que permita mantener una naturaleza compatible con nuestra existencia, social y personal. El alejamiento de la Naturaleza que lamentaba Rubió i Tudurí es mucho más que una pérdida sentimental: es un problema existencial que debemos afrontar. Y hacerlo también, y principalmente, desde la ciudad.

La ciudad no es solo un área de alta densidad de población —la superpoblación de Rubió—, sino también un nodo muy denso de la dinámica material de nuestro metabolismo industrial, de nuestro intercambio de materiales con el medio. Y este metabolismo está ligado a muchos otros lugares, muchos otros paisajes, a los que demanda y envía buena parte de los materiales que forman parte de esta dinámica.

Y si es necesario reconvertir este metabolismo, la ciudad es un lugar clave para hacerlo, tanto por la densidad que este metabolismo adquiere en ella como por los instrumentos de que dispone la ciudadanía para intervenirla, por la gobernanza propia de la ciudad y que esta ha extendido a otros ámbitos, ya que, en última instancia, ciudadanía, espacio público, etc., son creaciones urbanas. Pero ¿cómo hacerlo?

Rubió i Tudurí denomina "espacios libres" a aquellos que no han sido ocupados por la edificación, la vialidad o la industria. Naturalmente, son espacios verdes, espacios contruidos con elementos naturales cuyas dinámicas están más o menos intervenidas: jardines, parques, hasta llegar a los espacios donde la ciudad aún no ha llegado. Y conectados entre sí.

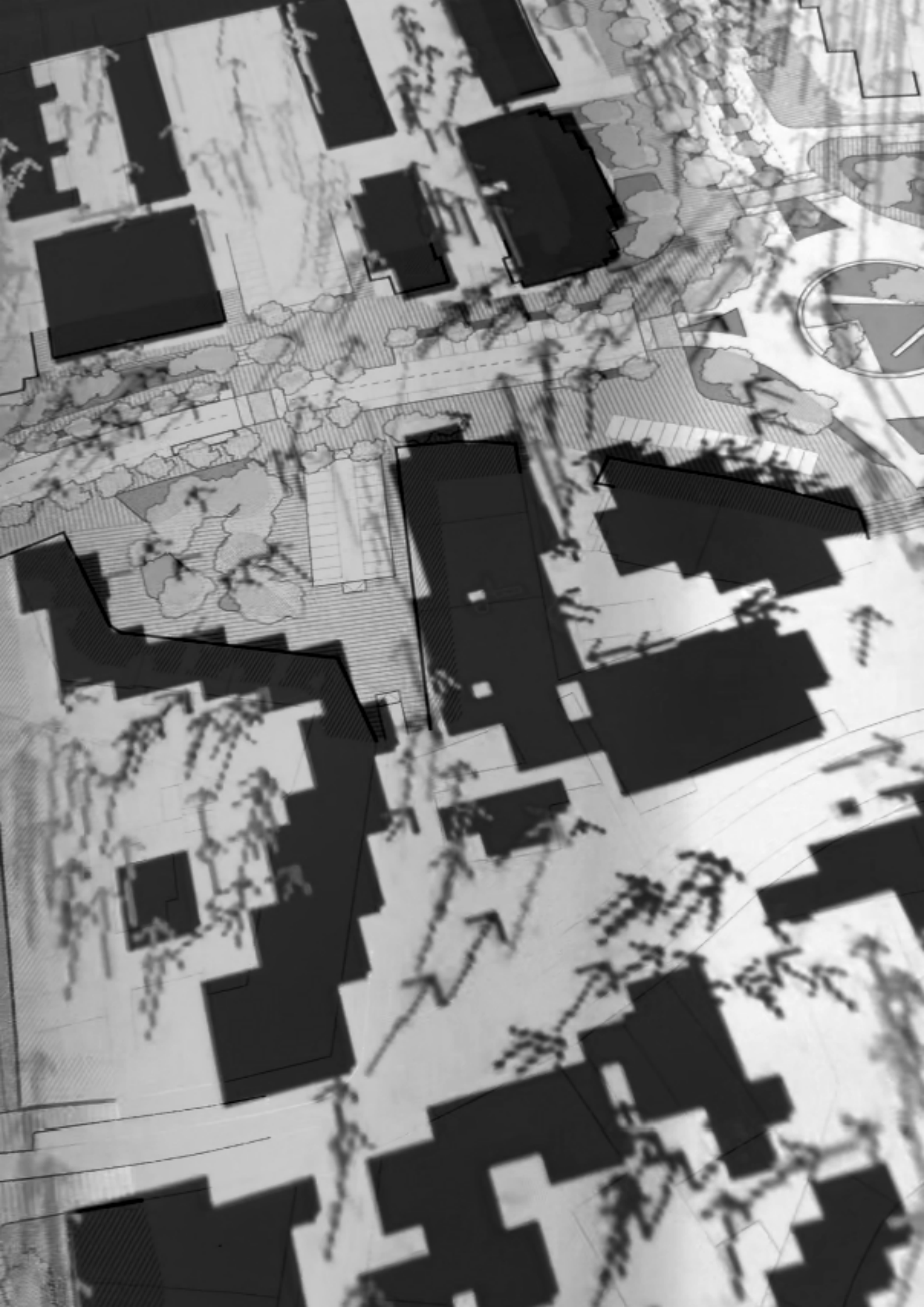
Esta utilización de los elementos naturales como componentes esenciales en la configuración de los espacios libres, esta conexión entre los distintos niveles de parques urbanos hasta enlazar con los espacios rurales, acogiendo en ellos actividades sociales y no productivas del habitante urbano, protegidas del ruido del tráfico y de la industria, expresa una voluntad de resistencia frente a la pérdida del mundo natural.

Ante la crisis ecológica es más necesario que nunca producir espacios libres urbanos con elementos naturales que nos protejan de los problemas de la sociedad industrial. Hoy constituyen un elemento clave frente al calentamiento global —particularmente evidente en nuestro entorno— provocado por las emisiones de gases de efecto invernadero que genera nuestra sociedad —nuestra edificación, nuestra movilidad, nuestra industria—, para adaptarnos al nuevo clima que hemos provocado.

Adaptación que implica adaptar las actividades sociales a las posibilidades que los espacios libres pueden ofrecer. Adaptar las condiciones de los espacios libres a las necesidades de las actividades que acogen, entendiendo que deben ser refugios climáticos para dichas actividades. Adaptar también los elementos naturales —la vegetación, la fauna, el suelo, la disponibilidad de agua— al nuevo clima, lo que implica recuperar buena parte del bagaje cultural —cultural, de cultivo, de gestión del medio— con el que trabajaba nuestra sociedad tradicional, y configurar uno nuevo.

Pero esta adaptación no debe ser más que un primer paso hacia la transformación ecológica que necesitan nuestra ciudad y nuestra sociedad. Los espacios libres deben adaptarse también para convertirse en uno de los lugares desde los que transformar nuestras ciudades, nuestro metabolismo social. Adaptarse implicará restablecer funcionalidades del metabolismo urbano en estos espacios, recuperando y potenciando las capacidades productivas de los espacios verdes, como ya sucede con las denominadas infraestructuras verdes. Adaptarse implicará que los espacios libres sean también un lugar donde adquirir una visión y una actitud social crítica frente al cambio climático y la crisis ecológica.

Porque adaptarnos no significa aceptar e integrarnos en un futuro —ya presente— que hemos generado de manera negligente. Adaptarnos significará también cambiar ese futuro.





Marta Serra Permanyer

Reflexiones sobre el espacio público en las periferias metropolitanas

Este texto pretende iniciar una reflexión a partir de una frase del prólogo de *Cities of Tomorrow*: «After almost a century of urban planning, urban problems in large cities remain similar». Inspirado en el movimiento de las ciudades jardín inglesas, el autor revisaba modelos de crecimiento desde un urbanismo atento a problemas sociales como la pobreza, la marginalidad y la segregación urbana, advirtiendo que, después de casi un siglo, los problemas urbanos seguían plenamente vigentes.

Esta persistencia de la precariedad se hace evidente en antiguas periferias de polígonos de vivienda que han consolidado centralidades propias y que expresan tanto opresión como resistencia. Este fenómeno dual es el que se explica a través de la idea de «margen» de bell hooks, quien lo interpreta como un espacio complejo que encarna más de un lugar. Un espacio crítico que evidencia las principales tensiones de estos márgenes es el espacio público. Concebido por Richard Sennett como un sistema abierto y un proceso inacabado, el espacio público queda a menudo sometido a un exceso de determinación formal y de presión a la hora de responder a correlatos de equilibrio e integración.¹

Desde este marco, en la conurbación barcelonesa, arquitectura y urbanismo plantean el reto de «reconectar» espacios públicos situados entre mundos diferenciados: por ejemplo, entre un antiguo polígono industrial que se convertirá en un nuevo ámbito residencial (al que llamaremos A) y un área de centralidad de un polígono de vivienda de los años sesenta (al que llamaremos B). La estrategia pretende conectar a los futuros habitantes de A con la red de equipamientos del barrio vecino consolidado B.

Pero las diferencias en el acceso a los recursos, los imaginarios y las prácticas entre A y B pueden ser diametralmente opuestas y, desde esta condición de contraste, ¿puede la población de A adentrarse en el mundo de B? ¿Qué dinámicas pueden surgir del contacto entre A y B? ¿Y cómo poner el diseño del espacio público al servicio de la reconexión?

Desde un análisis de la composición del término, el prefijo *re-* afecta al verbo *ligar* en dos sentidos: en primer lugar, indica repetición de la acción; en segundo lugar, confiere énfasis y firmeza a aquello que se manifiesta por primera vez. *Ligar* es un verbo sinónimo de unir o conectar algo que es diferente, pero también de concordar o armonizar. A su vez, al tratarse de un verbo transitivo, significa que la acción recae sobre alguien o sobre algo.

A partir de estos matices, y en el momento en que el diseño del espacio público en nuestras periferias metropolitanas invoca y asume la estrategia de reconectar, reflexionemos sobre por qué hacerlo y sobre algunos de los principales retos asociados:

a) Conciencia de los principios éticos, alternativas y evaluación:

Detrás del hecho de reconectar subyace una fuerte herencia cultural que da continuidad a los principios básicos de democracia, justicia y equidad que ya se perseguían en la ciudad de la Antigüedad clásica, un contexto que remite al espacio de la asamblea donde tiene lugar el reconocimiento del otro como sujeto político. Llegados a este punto, conviene preguntarse qué ocurriría en ausencia de estrategia, si no existiera una conciencia o un deseo de reconectar. ¿Asistiríamos a un escenario en el que aumentaría la segregación entre A y B? ¿O se produciría su unión de forma natural? ¿Cómo se distribuirían las agencias y las relaciones de poder entre ambos barrios? Aquí aparece la alternativa de la posibilidad de una ciudad espontánea a través de la no planificación experimental.

Coincidiendo con la aproximación de Sennett, la intención de los experimentos basados en la no intervención apunta a que el factor tiempo y el azar son fundamentales para la resiliencia. Esto introduce la necesidad de una evaluación, algo que a menudo se aplica a proyectos basados en la temporalidad, el reciclaje material y la idea de intervención mínima. Pensemos, por tanto, qué sería necesario evaluar en el hecho de reconectar, ya sea en relación con los objetivos o con los métodos.

b) Limitaciones, contingencias y formas de control:

A la hora de analizar, planificar y ejecutar un proyecto de espacio público que vele por el encaje y el equilibrio entre A y B, es necesario reconocer todo un sistema de actantes² que, desde una perspectiva relacional, tendrá la capacidad de movilizar cada parte dentro del conjunto. El equilibrio previo de A y B puede verse fácilmente amenazado por los efectos de la nueva intervención y, para evitar el riesgo de colapso, una estrategia complementaria puede ser la reversibilidad: deshacer. Y es que, en el espacio público, la imposibilidad de control se vuelve inherente y, en consecuencia, quizá sea necesaria una mayor incertidumbre calculada. Entre actantes que compiten, sabemos que las hegemonías se sostienen a partir de las partes subordinadas y excluidas. Por tanto, reconectar no consistirá tanto en eliminar las formas de poder como en redistribuir fuerzas hacia relaciones más equitativas. De ahí deriva la posibilidad agonística, de mediación y negociación, que encarna el espacio público.

Pero reconectar también implica formas de desplazamiento del poder para evitar que A o B queden desposeídos por efecto de uno sobre el otro. Nos referimos a prácticas disruptivas, formas de resistencia, creatividad colaborativa y apropiaciones informales. ¿Podría la operación que nos ocupa inscribirse en procesos similares?



c) Ensamblar como alternativa a reconectar:

Conseguir que los futuros espacios públicos reconectados se conviertan en lugares de encuentro permeables y puedan formar parte de un estar y no únicamente de un transitar implica prestar atención a la idea de interdependencia e intentar comprender A y B desde la teoría de los ensamblajes.³ Esta teoría plantea que la autonomía de una entidad (como pueden ser A o B) no es independiente, sino que depende de los efectos producidos por la concepción que tenemos de cada una de ellas. Cada parte modifica y genera efectos sobre la otra, y cada una constituye un ensamblaje en sí misma, un producto histórico sometido a cambios permanentes. También interviene la relación entre escalas micro y macro, ya que un «todo» puede convertirse en la parte de otro todo a una escala superior. Esto implicaría tener en cuenta la escala intermunicipal en la que actuamos.

Un espacio reconectado, entendido como ensamblaje, también se caracteriza por procesos variables capaces de estabilizar la identidad del espacio y cohesionar, o bien desestabilizar el conjunto para difuminar límites y conectar con nuevas redes más autónomas. La participación comunitaria, los proyectos con centros educativos, las oficinas de observación técnica a pie de calle o los planes comunitarios podrían ser ejemplos de territorialización de los ensamblajes.

En definitiva, reconectar responde a la necesidad de afrontar fracturas urbanas en un contexto de desigualdades a la hora de relacionar antiguas periferias y nuevas áreas de regeneración urbana. En consecuencia, el diseño del espacio público deberá incorporar

mecanismos para hacer frente a los estigmas derivados de los imaginarios urbanos. Y es que, tal como detectó la facilitadora feminista Robin DiAngelo,⁴ si no somos conscientes de las barreras que afectan a los demás, no las veremos y nada nos motivará a eliminarlas. Tampoco podremos superarlas si nos proporcionan ventajas que asumimos como derechos adquiridos.

Esperemos, por tanto, que reconectar llegue a significar diseñar para tomar conciencia de todo aquello que nos une y de todo aquello que nos separa.

¹ Richard Sennett (2014). *L'espai públic. Un sistema obert, un procés inacabat*. Barcelona: Arcàdia, p. 57.

² Bruno Latour (2008). *Reensamblar lo social: una introducción a la teoría del actor-red*. Buenos Aires: Ediciones Manantial.

³ Manuel De Landa (2021 [2010]). *Teoría de los ensamblajes y complejidad social*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Tinta Limón.

⁴ Robin DiAngelo (2011). White Fragility. *International Journal of Critical Pedagogy*, vol. 3, num. 3.





Javier Ortigosa

El espacio que nos mueve

La movilidad urbana se basa, fundamentalmente, en dos variables: el espacio y el tiempo. Pero, en metrópolis densas como la nuestra, es el espacio el que acaba determinando el tiempo. En otras palabras: la manera en que distribuimos el espacio público, a quién damos prioridad, condiciona directamente la eficiencia de cada modo de transporte.

Durante décadas, este reparto ha favorecido, casi de forma exclusiva, al sistema de movilidad motorizada. Hemos creado redes continuas, jerarquizadas y priorizadas, tanto desde el diseño como desde la normativa, que han llenado nuestras calles de tráfico.

Las consecuencias de ello son bien conocidas por todos: nos ha permitido conectar el territorio y garantizar altos niveles de accesibilidad, pero también ha generado una fuerte dependencia del vehículo privado y una gran resistencia al cambio, con todas las externalidades o impactos que ello conlleva. El espacio público ha sido uno de los principales perjudicados, con una ocupación intensiva por parte del tráfico que genera menos espacio para la movilidad sostenible, para la estancia, para el verde y el suelo permeable, y que potencia el efecto isla de calor y una baja habitabilidad (emisiones, ruido...). En definitiva, una red pensada para mover vehículos que a menudo ha pasado por encima de otras funciones esenciales del espacio público.

Hoy, este modelo está en transformación. La movilidad sostenible, la adaptación al cambio climático y la conciencia sobre la calidad urbana sitúan el espacio público en el centro del debate. Pero esta nueva mirada también implica una mayor complejidad: las calles ya no son únicamente canales para los coches, sino espacios donde convergen múltiples movilidads y funciones. La ciudad se nos estrecha.

Esto obliga necesariamente a repensar disciplinas y formas de trabajar de manera menos especializada. Resulta evidente que la planificación de la movilidad debe incorporar nuevas perspectivas y sensibilidades y no puede calibrarlo todo mediante variables macroscópicas de capacidad y nivel de servicio; pero, al mismo tiempo, el diseño urbano debe comprender mejor las dinámicas de movilidad y, sobre todo, la escala de red y sus implicaciones para todo el territorio. La calle y la red, dos miradas de una misma realidad.

Este 2026 es el Año Cerdà: se conmemoran los 150 años de la muerte de Ildefons Cerdà, y recuperar su visión resulta más necesario que nunca. Cerdà no solo dibujaba una trama urbana, sino una manera de entender la ciudad basada en la relación entre el espacio público, las infraestructuras y las condiciones de vida. Aunque con el tiempo esta visión se ha distorsionado en redes cada vez más especializadas, sigue siendo la base de la estructura de Barcelona: la retícula que multiplica alternativas, manzanas de escala humana, amplias calles pensadas para el peatón y el transporte público, y tres grandes avenidas que articulan la ciudad y tienen vocación de ir más allá.

Hoy esta lógica vuelve a ganar peso. El Plan director ur-

banístico metropolitano (PDUM) del AMB propone una estructura para los 36 municipios metropolitanos basada en una red de avenidas y calles que vertebran el territorio. En cierta manera se recuperan las potencialidades del modelo Cerdà, superando una etapa en la que estas calles y avenidas han estado fuertemente condicionadas por el tráfico de vehículos. Las vías segregadas dejan de ser los únicos ejes principales y se da protagonismo a las avenidas metropolitanas como espacios donde conviven el transporte público, la movilidad activa y la intensidad urbana. Son los grandes proyectos metropolitanos del futuro. Recuperamos a Cerdà.

Proyectos como la transformación de la C-245 en un corredor urbano en el Delta del Llobregat que enlaza con la vía de cornisa de la llanura de Barcelona, o la reconversión de la N-150 en la Avenida del Vallès para que en el futuro conecte con la Meridiana. No se trata únicamente de mejorar la movilidad, sino de recuperar espacio público, naturalizar, conectar municipios y generar nuevas centralidades. Son proyectos de transformación a gran escala, con nuevas variables y una elevada complejidad.

Estas avenidas no serán homogéneas: cada eje deberá resolver sus propios conflictos y equilibrios. No obstante, el espacio debe garantizar unos estándares y una cierta coherencia, un vínculo con la ciudadanía. Del mismo modo que la jerarquía y la señalización de una autopista nos proporcionan seguridad y orientación como conductores, el espacio público debe generar esa confianza y ese confort. Debe orientarnos y acompañarnos, hacernos sentir como en casa.

En este contexto, la movilidad activa ha ganado un protagonismo indiscutible en la construcción del espacio público, con iniciativas como la red BiciVía del AMB, que combina una clara visión de red metropolitana con su materialización en proyectos concretos. Es una gran noticia si pensamos en la escala y las dimensiones metropolitanas, y en el potencial de la bicicleta. Además, la implantación de carriles bici está actuando a menudo como un caballo de Troya hacia transformaciones más ambiciosas: es una primera infraestructura a escala humana que muestra cómo podría ser una ciudad diferente. Abre nuevos imaginarios.

Sin embargo, todavía tenemos mucho camino por recorrer con el transporte público colectivo. Con demasiada frecuencia, en el pasado, ha quedado relegado o incluso oculto en los proyectos urbanos, como si fuera un elemento incómodo. Pero ocurre justamente lo contrario: ha de recuperar la centralidad en el espacio público y la legibilidad para el usuario, y es necesario dotarlo de una jerarquía clara. No puede quedar sujeto a las mismas lógicas ni verse penalizado por pacificaciones o restricciones al tráfico. Debemos protegerlo y empoderarlo en los proyectos de futuro.

El futuro inmediato está lleno de estos proyectos de espacio público que deben vertebrar el área metropolitana de Barcelona. Un espacio público que no solo integre la movilidad, sino que la potencie; un espacio público que nos tiene que mover.

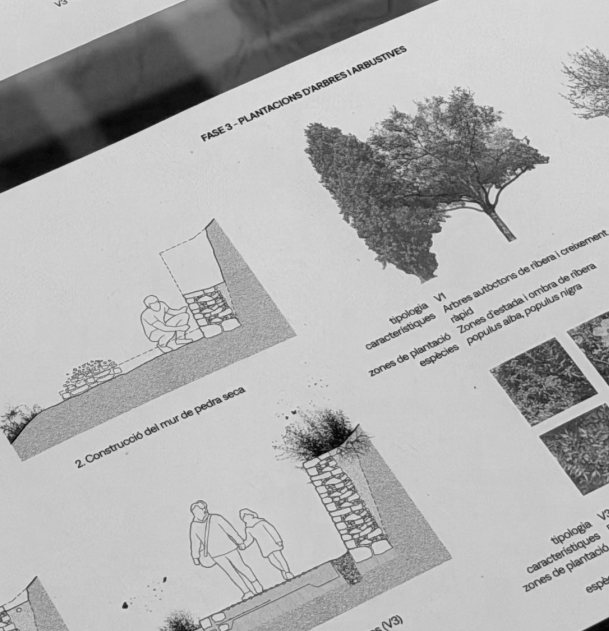
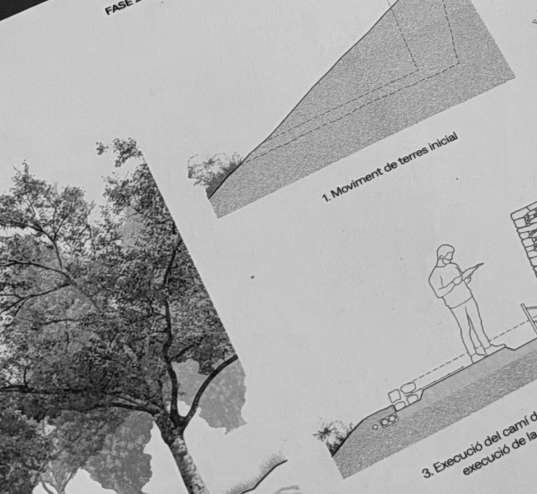
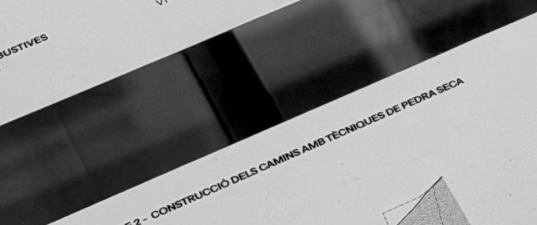
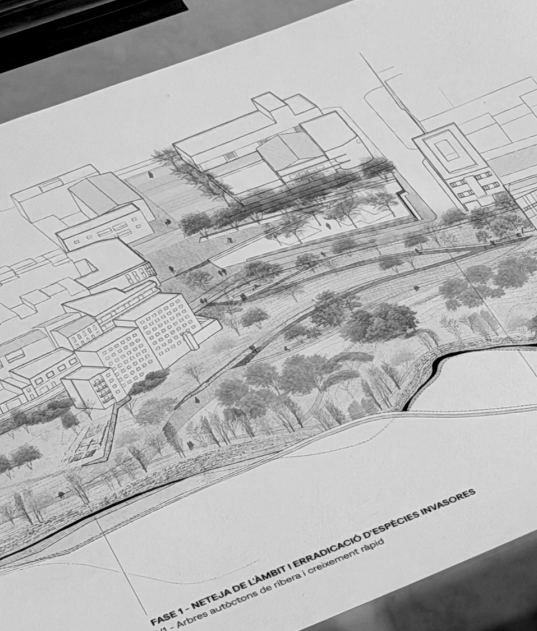
Hay mucho trabajo por delante.







Recuperar la tipologia



Per les connectivitats



FASE 1 - NETEJA DE L'ÀMBIT I ERRADICACIÓ D'ESPÈCIES INVASORES
VI - Arbres autòctons de ribera i creixement ràpid

FASE 2 - CONSTRUCCIÓ DELS CAMINS AMB TÈCNiques DE PEDRA SECA
V2 - Barreja d'arbustives autòctones

FASE 2 - CONSTRUCCIÓ DELS CAMINS AMB TÈCNiques DE PEDRA SECA

1. Moviment de terres inicial

2. Construcció del mur de pedra seca

3. Execució del camí de formigó i pedra i execució de la rasa drenant

4. Acabats i plantació d'arbustives (V3)

tipologia V1
característiques
Zones d'estada i ombra de ribera
espècies
populus alba, populus nigra

tipologia V2
característiques
Zones d'estada i ombra del parc i de
sotaneu domestic, prunus dulcis, acer
monspeliense, celtis australis

tipologia V3
característiques
Barreja d'arbustives autòctones
acompanyament dels nous camins de
pedra seca
espècies
doryonium pentaphyllum, pecticaulis

tipologia V4
característiques
Actuacions de bioenginyeria
zones de plantació
espècies
vitis agria, castus, artemisia latifolia

Recuperar



Dolores Huerta



Bruno Sauer

Las pequeñas diferencias semánticas entre los diferentes verbos que quieren ocupar el espacio de la acción en el mundo de la economía circular dan pie a reflexiones sobre qué queremos realmente conseguir. 'Rehabilitar' suele asociarse a una enfermedad o deterioro; 'renovar' implica volver a poner algo en vigor; 'reciclar' sugiere reutilizar con posible pérdida de calidad. En cambio, 'recuperar' transmite la idea de actuar con cuidado para volver a obtener algo valioso.

Recuperar viene del latín "re" y "capere", de re-agarrar, re-tomar, re-coger. Inherente a estas palabras está el acto de apropiarse, de interiorizar sus características, su ADN, y eso conlleva directamente formar parte de ese pasado, de esa preexistencia.

La recuperación de un patrimonio construido, urbano o paisajístico conlleva en primer lugar heredar su cultura, sus costumbres, los impactos sociales de su pasado, las huellas de las personas y el uso que hicieron de este patrimonio. Entender esa herencia es un primer paso en la recuperación, es entender el valor intrínseco de lo existente. En el acto de transformación de un entorno urbano, su aceptación por parte de la sociedad cercana se construye desde la comprensión de la huella social.

Parte de esa herencia social es el esfuerzo físico y económico de extraer, transportar y transformar materiales para construir ciudad. Dejar ese esfuerzo en vano, destruyendo o ignorando lo consolidado requiere argumentos sólidos que muestren que la sociedad saldrá ganando con la transformación.

No podemos tratar a la ciudad como hemos tratado la naturaleza durante siglos, extrayendo o destruyendo sin devolver valor al conjunto. Eso significa que, si lo construido aún tiene valor, entonces lo tenemos que aprovechar, no tirar. Re-valorar, recuperar, tanto el valor social, de la memoria, de la cultura, como el valor ambiental y por supuesto el económico.

Pero nada es eterno, y la sociedad cambia, las personas cambian, el clima cambia, las exigencias a la ciudad también cambian. La labor de recuperación requiere añadir complejidad a lo existente, interpretar y valorar lo que se puede mantener in situ y lo que se puede aprovechar en otro sitio. Aprender lecciones de cada lugar para nutrir otros lugares.

Recuperar una estructura, un camino popular, los usos de toda la vida, un ambiente de comunidad, unas vistas urbanas, un espacio naturalizado, o simplemente unos materiales es mostrar sensibilidad, inteligencia y sentido común. Desde el punto de vista ambiental es casi una obligación, una necesidad urgente si no queremos traspasar los límites planetarios que permiten una vida segura en la Tierra. Desde el punto de vista social es mostrar respeto por el pasado, por la cultura y la memoria de una población. Desde el punto de vista económico en la mayoría de los casos, es lo más sensato.



Daniel Cid

En el tiempo

Cuidar es asumir que la ciudad es un organismo vivo, atravesado por el tiempo, el uso intensivo, el desgaste y la transformación constante. Es asumir una responsabilidad en el tiempo, y esa responsabilidad es profundamente política.

El tiempo no es un enemigo del proyecto, es su material. El territorio envejece, se erosiona, se reutiliza, se reinterpreta. Proyectar significa aceptar esta condición y trabajar con ella: no solo construir, sino cuidar antes, durante y después.

Antes: escuchar, comprender fragilidades, asumir desajustes.

Durante: intervenir con respeto, con tiempo, con medida.

Después: aceptar que lo imprevisible no es un error, sino la continuidad del proyecto.

Cuidar es una práctica sostenida en el tiempo, hecha de pequeñas decisiones, a menudo invisibles, que se acumulan y condicionan las que vendrán. Cuidar es también heredar decisiones pasadas y trabajar con ellas.

Con lo que ya existe

Esta manera de entender la ciudad desplaza el proyecto urbano del objeto al ecosistema.

En este desplazamiento, el proyecto urbano se acerca a las condiciones de uso. Trabaja desde dentro, con lo que ya existe. Asume el desgaste, el uso intensivo y los ajustes imprevistos como parte del proceso.

Cuidar no es solo gestionar usos, es trabajar con aquello que se transforma, se degrada, se dispersa.

La sombra, la flexibilidad, la permanencia cotidiana.

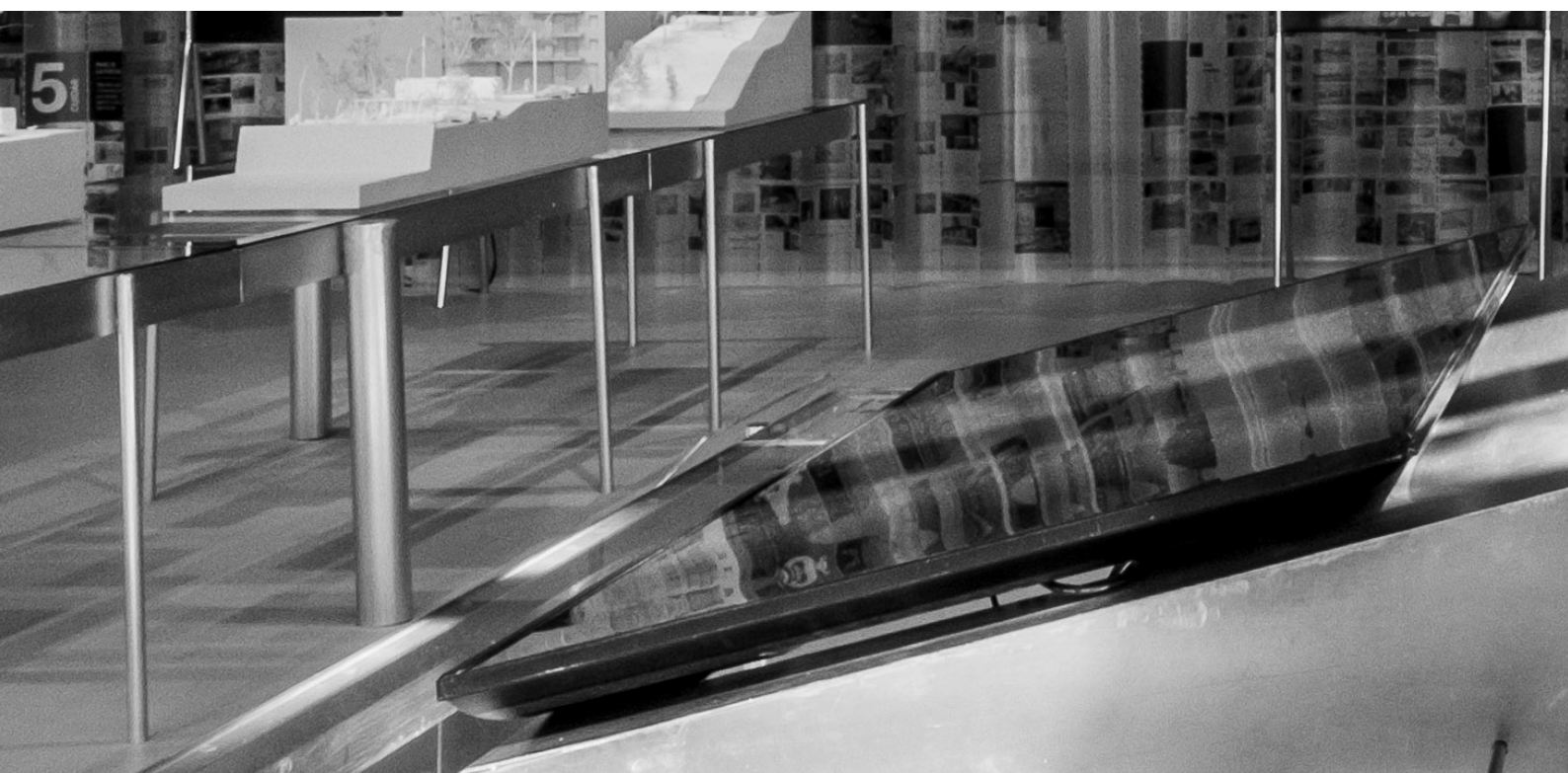
Más que producir formas singulares, se trata de sostener situaciones habitables en el tiempo.

Tomar partido

Cuidar también es decidir. No es un gesto neutro ni técnico: implica responsabilidades, prioridades y renunciaciones.

Estas decisiones se hacen visibles en el espacio público, donde confluyen cuestiones de equidad, acceso, salud y convivencia.

Es ahí donde la ciudad se pone a prueba. Especialmente ante las formas de vida más vulnerables, que revelan hasta qué punto el cuidado es real o simplemente declarado.



Cuidar

Estar

Cuidar el espacio público no es hacerlo amable, sino hacerlo posible. Estar en él no es ocuparlo, sino formar parte de las relaciones que lo hacen posible.

No todos los espacios reciben el mismo trato. No todas las vidas pesan lo mismo. Cuando se busca eliminar la fricción, a menudo esta se desplaza. Y en ese desplazamiento, algunos cuerpos dejan de tener lugar.

Las formas de regular, atender o intervenir no solo responden a situaciones: las configuran. Lo que se nombra, lo que se clasifica, lo que se hace visible. Así se delimitan las maneras de estar.

Incluso cuando acompaña, toda intervención posiciona. Abre posibilidades, pero no siempre lo hace de la misma manera. Un gesto casi imperceptible del que depende quién puede estar, cómo puede estar y hasta cuándo.

Mientras tanto, cada vez más personas hacen del espacio público un lugar donde poder pasar la noche. El único posible.

Dejar hacer

Cuidar también significa atender a cómo se hace ciudad: no solo a lo que se proyecta, sino a lo que se permite, lo que se mantiene y lo que se deja en suspenso.

A veces, un cuidado demasiado estricto acaba alejando aquello que pretendía acoger.

Cuidar no siempre pasa por intervenir. También puede significar no terminar de fijar, dejar margen, permitir que las cosas sucedan. Reconocer el valor de lo que queda fuera de plano: los espacios residuales, las formas de vida que no responden a una lógica prevista.

Pero incluso no intervenir implica decidir en qué condiciones se deja hacer y para quién.

Sostener

Cuidar no es controlar, sino sostener. Sostener unas condiciones para que la vida, humana y no humana, pueda continuar.

Asumir que la ciudad no se termina. Que no se resuelve. Que permanece abierta. Un proceso continuo, hecho de dependencias y vulnerabilidades compartidas. Partir de esta fragilidad. No eliminarla.

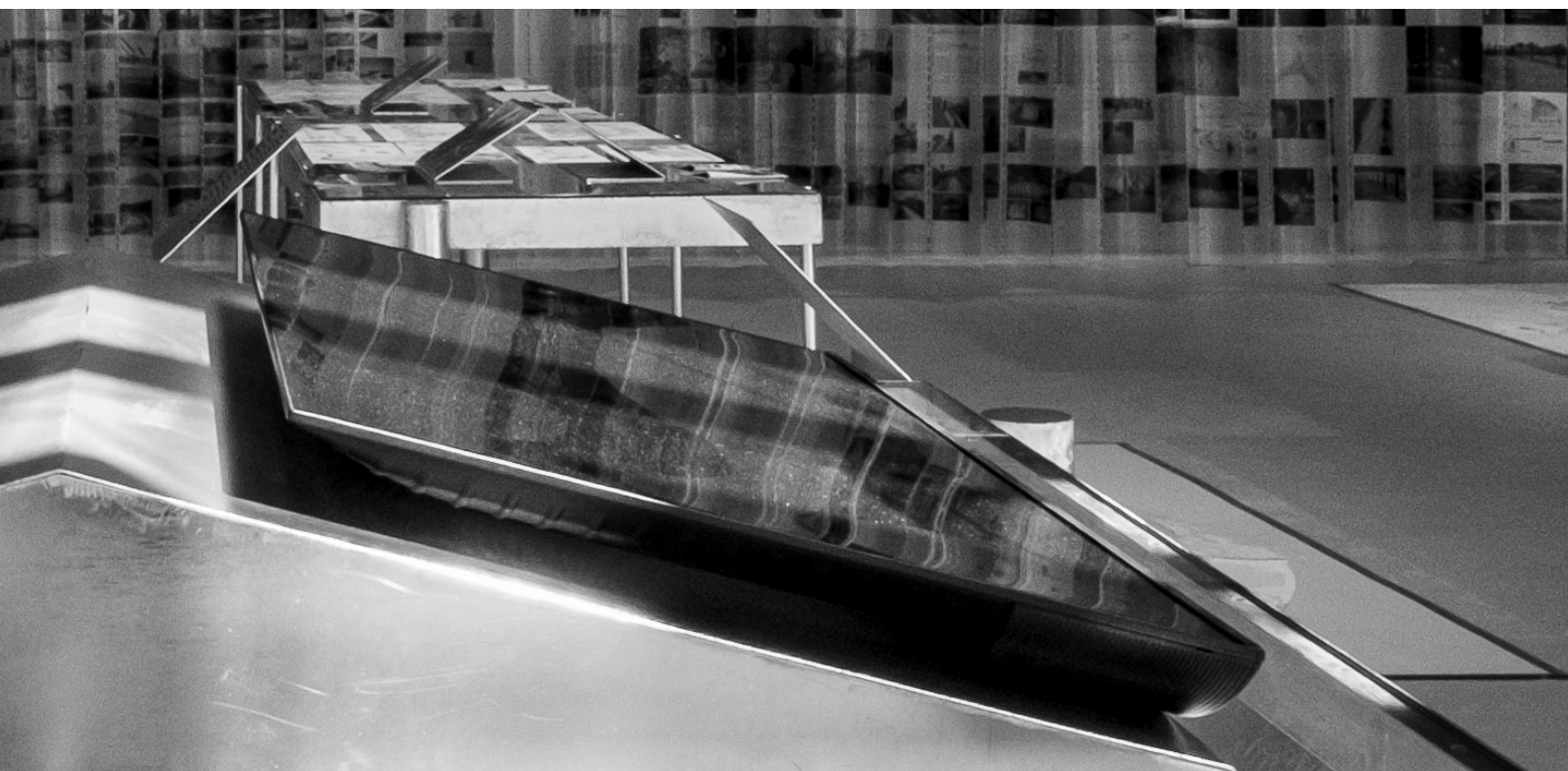
Cuidar no significa simplificar ni cerrar, sino sostener aquello que no se deja reducir a una única forma.

El espacio público es el lugar donde confluyen usos, ritmos y presencias diversas, no siempre compatibles.

Cuidar no significa forzar la coherencia, sino mantener un equilibrio donde cosas diferentes puedan seguir existiendo.

Mantener abierta la posibilidad de una vida compartida. Una posibilidad expuesta, inestable, siempre en proceso.

Aquello que se hace para que todo pueda continuar. Un día en la playa, un día en el parque.



Equipar

H Arquitectes



Xavier Ros



Roger Tudó



David Lorente



Josep Ricart

La arquitectura de las instituciones

*"A world within the world,"
"a center around which existential space is organized"*

Louis Kahn

La organización colectiva del espacio siempre ha necesitado equipar el territorio y las ciudades con construcciones estratégicas. Desde los asentamientos más primitivos y pasando por las antiguas civilizaciones, siempre hemos necesitado infraestructuras colectivas para satisfacer (y a veces proteger) aquello más esencial para la comunidad. La especialización de estas infraestructuras evolucionó lentamente hacia una clara caracterización de la tipología arquitectónica. Los espacios fueron singularizándose y adquirieron autonomía y carácter propio hasta convertirse en instituciones totalmente reconocibles.

Construcciones como el mercado, el teatro o la biblioteca se distinguían claramente unas de otras y acogían a la perfección sus rituales específicos. La claridad y la contundencia de estas construcciones inspiraban el sentido público de sus propósitos.

El crecimiento desbocado de las ciudades durante los últimos cien años ha multiplicado, sin embargo, las necesidades y ha transformado radicalmente la gestión y la complejidad de estos edificios públicos. Las instituciones se han hecho grandes, a menudo replicándose mecánicamente, simplificándose y alejándose de sus características más primordiales y originales; se han ido desdibujando. Hemos vivido una rápida metamorfosis desde las instituciones hacia los equipamientos. Una regresión desde los espacios únicos y significativos hacia los espacios genéricos y operacionales.

Actualmente, las instituciones —ya sean escuelas, bibliotecas, teatros, museos, juzgados, hospitales o ayuntamientos— tienden a plantearse desde los programas y desde una aproximación a menudo hiperfuncional basada en las necesidades del momento. Los edificios públicos se están convirtiendo en poco más que equipamientos expendedores de servicios. Estas aproximaciones operacionales, de mirada corta, tienen parte de sentido común y de pragmatismo necesario, pero a menudo también son fruto de las prisas, la pereza de repensar o la falta de valentía en la toma de decisiones.

Cada vez que se construye un nuevo equipamiento existe la tendencia a replicar todo aquello que (aparentemente) funcionó correctamente en los anteriores y a no querer correr riesgos en lo desconocido. En lugar de imaginar o repensar los espacios de nuevo, tendemos a repetir. Este proceso de clonación sistemática ha convertido la mayoría de los equipamientos actuales en edificios correctos pero sin alma, que ya no responden a su misión original sino únicamente a problemas identificados en edificios anteriores.

En lugar de edificios excepcionales con espacios de calidad que interpelan a la ciudadanía, los equipamientos se están convirtiendo en artefactos de prevención. Espacios que sobreviven a los pequeños problemas del día a día pero que cada vez están más alejados de sus propósitos. Una arquitectura generalmente demasiado temerosa y diseñada a la defensiva, que descuida el potencial de aquello extraordinario que podría otorgar un sentido más trascendente a los espacios colectivos, repercutiendo más positivamente en la comunidad.

Quizá ha llegado el momento de revisar este modelo. Hemos equipado la ciudad de manera demasiado asistencial, garantizando el servicio pero sin comprender del todo la motivación que había detrás. Debemos superar la idea operacional del equipamiento para reencontrarnos con la arquitectura y con su condición más sugestiva. Es necesario recuperar la calidad excepcional de los espacios o la solemnidad de determinados momentos, la condición pública, las proporciones generosas, la luz y la ventilación natural, etc. Hay que volver a hacer agradables y especiales las instituciones, hay que distinguirlas unas de otras, hay que dotarlas de carácter y personalidad, hay que conseguir que sean por sí mismas.

Proponemos cuestionarlo todo cada vez y hacerlo con libertad, pureza e incluso inocencia. Como si realmente fuera la primera vez que nos enfrentáramos a determinadas preguntas. Como si nadie hubiera diseñado una "escuela" antes. Cuestionando, por tanto, todas las escuelas que nos preceden, cuestionando incluso aquello que aparentemente ha funcionado bien y que tenderíamos a repetir.

Intentando frenar los miedos y las respuestas preestablecidas para abrir otras nuevas que nos acerquen a la redefinición de "escuela" y nos permitan comprender las cuestiones realmente importantes que tienen que ver con la naturaleza de cada institución. No se trata de cambiar por cambiar, ni de empezar siempre desde cero, ni tampoco de buscar arquitecturas que nunca hayan existido antes, sino de encontrar espacios especiales, claros y agradables que ayuden a comprender mejor la institución y que constituyan una síntesis precisa de su propósito.

Una búsqueda persistente por regresar (siempre que sea necesario) al punto de partida, a través de sus rituales, despojándolos de lo superfluo e identificando su condición más radical y auténtica. Desde una aproximación más existencial que cualifique y otorgue significado a los espacios. Es decir, haciendo renacer las instituciones desde aquello vivo, que no es ni el programa ni sus prevenciones o precauciones, sino la propia acción que las define: aprender, interpretar, compartir, leer, escuchar, cuidar, intercambiar, etc.

Se trata de encontrar la respuesta arquitectónica que conecta estos rituales imprescindibles con el lugar, el espacio, el clima, la estructura o los materiales. Debemos volver a crear espacios que guíen e inspiren a la institución y a los ciudadanos; debemos volver a disfrutar de la arquitectura y de las instituciones.





HABITAR

Vivir en el espacio propio y convivir en los espacios compartidos, transformando la vivienda en un lugar vivo que responda a las necesidades personales, de la sociedad y del entorno.

INHABITING

Living in private space and coexisting in shared spaces, transforming housing into an evolving place that responds to personal, social and environmental needs.

el propi
ls espais
transformant
de viu
s

Habitar



Imma E. Maluenda



Enrique Encabo

El oficio de habitar

1. Justo en el ecuador del siglo XX, Ray Bradbury imaginó el día a día de un hogar abandonado. En "Vendrán lluvias suaves", el relato que cerraba sus *Crónicas marcianas*, los robots de servicio continuaban impasibles con su rutina tras la extinción de la vida humana: "La casa era un altar con diez mil acólitos, grandes, pequeños, serviciales, atentos, en coros. Pero los dioses habían desaparecido y los ritos continuaban insensatos e inútiles". Máquinas, sí; de habitar, bastante menos.

2. Quince años después, el crítico británico Reyner Banham abrazó con tal optimismo la tecnología doméstica que pensó en prescindir de lo demás: si nos bastase con aire acondicionado o calefacción, con una buena lavadora o una línea de teléfono, es decir, si estar en el mundo no fuese más que una cuestión de pertrechos, ¿para qué querríamos una casa? De haber sido un tipo frugal —como buen hijo de la guerra, fue más bien consumista— Banham habría defendido que Adán y Eva solo se construyeron un techo cuando no les quedó más remedio; Dios era un casero difícil, pero qué tiempos los del jardín, *à la belle étoile*.

3. Aunque dé la impresión de que Bradbury y Banham defendían cosas opuestas —sin nosotros, las máquinas no son nada; para nosotros, pueden serlo todo—, tenían algo en común: sabían que las historias y las teorías que importan no son las que nos permiten huir de la realidad, sino, por el contrario, aquellas que nos certifican que nuestra realidad es inexcusable.

4. Como buen verbo activo, habitar sólo puede ser ejercido por un sujeto: alguien, nosotros, tú. ¿Qué sabemos de ti? Sabemos que tu temperatura de confort en reposo es algo mayor en verano que en invierno (entre 21° y 26°, según la estación); sabemos que necesitas más o menos un 50 % de humedad y que corra un poco el aire, pero no demasiado. Sabemos todo eso, pero reducirlo a una fórmula es reducirlo al absurdo.

5. Tenemos ideas muy precisas sobre cómo han de ser nuestras casas hasta que esas ideas quedan superadas por la vida. Si el tamaño del hogar es estadísticamente más pequeño —las familias ya son de 2,5 personas y crecen los hogares unipersonales—, quizá no tenga sentido cocinar en una estancia separada, a escondidas; si el salón ya no es un espacio para las visitas, quizá no merezca la pena que sea tan grande; si un buen soleamiento o una buena sombra o la ventilación son dispositivos idóneos frente al clima, quizá no haya que parasitar la fachada de aires acondicionados, presumir de radiadores de muchos módulos o rebozarnos en aislante. Quizá solo haya que habitar mejor.

6. Mejor implica, por ejemplo, ser selectivo con las nostalgias: hemos aceptado sin pestañear que la bailaora de flamenco no cabe sobre la pantalla plana —para algo sí que vale la tecnología, después de todo—; en cambio, renunciar a un sillón viejo se nos hace más difícil. Junichiro Tanizaki: "eso que generalmente se llama bello no es más que una sublimación de las realidades de la vida".

7. Mejor implica, también, adaptarse. Y es que las fórmulas y lo genérico son eficaces sólo hasta cierto punto. Cuando se nos enseña que pintar es no pasarse de la raya, a lo que se nos enseña es a obedecer, no a pintar. Vale lo mismo para masticar con la boca abierta o poner la calefacción en abril, *haga el tiempo que haga*. Las normas existen para que nos conduzcamos sin la necesidad del aprendizaje, pero a dibujar y a comportarnos en la mesa se aprende de la misma manera en que se aprende a habitar. ¡No debería ser un problema reconocerlo!

8. Pero las fórmulas y lo genérico también tienen sus ventajas. La república independiente de tu casa, en origen, no tenía nada de singular: unas habitaciones con (quizá) un suelo cálido, ventanas, puertas; espacios buenos y malos al mismo tiempo. Gaston Bachelard: "el que tiene un castillo sueña con la choza, el que tiene la choza sueña con el palacio. Más aún: tenemos cada uno nuestras horas de choza y nuestras horas de palacio". La cuestión es tener ambas.

9. Tampoco hay que ser ilusos. Sí, hay casas mejores y peores, pero en un mundo que merezca la pena deberían depender *también* de nosotros, los usuarios, no venir dadas. La arquitectura es un acompañante. Cuando es mala, un corsé. Cuando es mejor, un pedagogo. En el aprendizaje y la adaptación de nuestro entorno, en ese diálogo, consiste el proceso de habitar.

10. Álvaro Siza: "Vivir en una casa, en una casa auténtica, es un trabajo a tiempo completo". Igual que no hay canchas de victorias, sino de juego, no hay casas "para entrar a habitar", sino "a vivir". A trabajarse la vida, poco a poco.

Hacer metrópolis



Ramon M. Torra

Durante los últimos cuarenta años, el Área Metropolitana de Barcelona ha tenido un papel fundamental en la construcción y transformación de la metrópolis a través del espacio público. Esta aportación no se explica solo por la suma de actuaciones ejecutadas, sino por una acción sostenida sobre el territorio, orientada a dar forma, continuidad y calidad urbana a una realidad metropolitana diversa, compleja y profundamente interdependiente.

En este recorrido, el espacio público ha sido una herramienta esencial de vertebración territorial. Ha servido para conectar municipios, estructurar ámbitos urbanos, recuperar espacios degradados, incorporar nuevos parques, ejes cívicos y equipamientos, y reforzar la cohesión entre piezas a menudo fragmentadas. Ha sido, también, una manera concreta de construir metrópolis: de dar sentido compartido a un territorio discontinuo en su forma, desigual en muchos puntos y plural en sus identidades y, en definitiva, una forma de cohesionar socialmente la metrópolis.

Desde los primeros años de las instituciones metropolitanas hasta hoy, una parte importante de este trabajo ha consistido en corregir déficits acumulados y en dotar a muchos espacios de una calidad urbana de la que habían estado privados durante décadas. La recuperación de rieras y frentes marítimos, la creación y consolidación de la red de parques metropolitanos, la urbanización de nuevos espacios públicos, la mejora de barrios y la implantación de equipamientos han contribuido de forma decisiva a construir una metrópolis más accesible, equilibrada y habitable.

Esta acción ha sido especialmente relevante en un territorio formado por municipios muy diversos, con realidades sociales, urbanas y paisajísticas diferentes, pero fuertemente vinculados entre sí. En este sentido, la aportación metropolitana ha consistido también en hacer posibles equilibrios: entre centro y periferia, entre espacios consolidados y ámbitos en transformación, entre infraestructuras y vida cotidiana, entre exigencias locales y visión de conjunto. Hacer metrópolis ha significado, a menudo, intervenir donde era necesario reforzar la continuidad, reducir fracturas, mejorar las condiciones compartidas del territorio y extender la calidad urbana del centro a todo el territorio, al margen de su situación geográfica.

Esta aportación ha ido mucho más allá de la resolución de necesidades inmediatas. A lo largo del tiempo, el AMB ha consolidado una forma de intervenir sobre el territorio basada en la cooperación con los ayuntamientos, en el conocimiento directo de los municipios y en una visión de conjunto capaz de situar cada actuación dentro de una estructura territorial más amplia. Esta mirada metropolitana ha permitido entender que cada parque, cada plaza, cada paseo, cada conexión o cada equipamiento forman parte de un sistema más extenso de relaciones y equilibrios.

También ha permitido dar continuidad a un trabajo técnico e institucional sostenido en el tiempo. La persistencia ha sido uno de los valores que han guiado la actuación del AMB. Muchas de las transformaciones que hoy forman parte de la vida cotidiana metropolitana no son el resultado de una intervención puntual, sino de procesos largos, de trabajo compartido y de una persistencia que a menudo queda fuera de la imagen final de las obras. Esta continuidad es, en sí misma, uno de los valores de la acción metropolitana: la capacidad de mantener una dirección, de acumular experiencia y de adaptarse sin perder la visión de conjunto.

Con los años, esta forma de hacer se ha ido ampliando y haciendo más compleja. Hoy ya es imprescindible incorporar de forma más decidida y transversal cuestiones como la sostenibilidad, la movilidad, la infraestructura verde, la accesibilidad, la calidad ambiental o la relación entre sistema urbano y medio natural. Pero el hilo conductor se mantiene: entender el espacio público como una infraestructura básica para la cohesión territorial y para la calidad de vida metropolitana.

Esta trayectoria acompaña la exposición y muestra tanto sus resultados como su vigencia. Mirando hacia atrás, permite reconocer el valor de un trabajo sostenido durante décadas. Mirando hacia adelante, pone de manifiesto que la transformación de la metrópolis sigue abierta y que el espacio público seguirá siendo una de las principales herramientas para afrontarla y construir el futuro.

Para más información:

